

HOGUERA

Mil luminarias en mil cielos; cien ojos que acechan tras los saeteros; seis piras levantadas sobre montones de hojarasca verde, fresca para que el fuego sea fuerte y consuma la vida.

Tres presos y nueve cadenas esperan la llegada del amanecer; las siete de la mañana del 23 de junio de 1586.

Cuatro meses en la prisión; dieciséis semanas en aquella cámara de tortura aguantando innumerables vejaciones, entre potros enmohecidos y argollas de tres cabezas.

Hace un mes se leyó la sentencia: doscientos azotes con robustas vergas, dos mil florines de multa por tantas penas y, para extinguir sus vidas, la hoguera.

Llegado el día ha, se acabaron las cuitas y las cadenas; comienza el suplicio y el fin se acerca.

Jutta, la presa más vieja, con tanto brasero se ha quedado ciega; su vista no alcanza a ver la hierba fresca, pero su olfato, que de mil canes asemeja, sí huele los rescoldos de la madera.

De sólo dieciocho años, Neva es la más joven prisionera; pechos amplios y rubia melena; ojos tristes pero mirada serena. Sus gritos se oyen por todas las sendas, rincones, palacios y callejas.

Cientos de narices se encogen con pena, incluso con asco y rabia, al ver a la joven muerta. Frita, asada, tan blanda como la cera.

Ha sido la primera en el cadalso; el verdugo a su segunda víctima espera. De nombre Kainan, de origen celta, alto, robusto pero frágil como la grieta que, vencida por el vigor de la naturaleza, se va agrandando y perdiendo su fuerza.

Jutta será la última en la hoguera; por ser anciana se le tiene cierta clemencia; clemencia barata, para ella la peor hierba: veinte florines el fardo y cuarenta las sementeras.

Waldsee contempla horrenda el espectáculo de muerte y pena; sus habitantes, hipnotizados, rinden pleitesía ante esta escena. Y mientras tanto, cientos de años pasan sin que los hombres aprendan a no permitir agravios, barbaridades y masacres como ésta.